

ro no era necesario, del mismo modo, que todas las bestias quedaran destruidas. Es preciso pues admitir la universalidad del diluvio para con la especie humana: mas nada hay que pruebe que sea necesario admitirla también para con los animales, ni para con el globo terrestre.»

En resumen: el fin del diluvio exigía el exterminio total de los hombres, pero no el de los animales y la tierra; las ciencias, por su parte, reclaman cierta restricción en la universalidad geográfica, al paso que confirman definitivamente la etnográfica; estamos pues obligados á reconocer á ésta, como absoluta, y aquélla, como algún tanto restringida.

La acusación, que suelen hacernos nuestros adversarios, de que empleamos *dos pesos y dos medidas*, entendiendo en un mismo verso la palabra *todos* en sentido absoluto, cuando se refiere al hombre, y en sentido restringido, cuando se refiere á los animales y á la tierra, no puede ser, en vista de lo que precede, ni más infundada ni más original.

Si el hombre, los animales y la tierra se hallaran exactamente en las mismas condiciones con respecto al diluvio, entonces no podríamos desconocer que esa acusación era muy justa; pero, si se hallan en condiciones las más diversas; es forzoso confesar que quien pretenda aplicarles el mismo peso y la misma medida, no sabe de qué se trata, y se pone á

jugar puerilmente con las severas leyes de la lógica.

El diluvio aparece, no sólo en el Génesis, sino en todos los demás lugares de la Escritura, que de él tratan, y aun en todas las tradiciones, como destinado á borrar la iniquidad de los hombres. Es un castigo, pero un castigo el más ejemplar y espantoso, que debe acabar con el impío, junto con su impiedad. Ese castigo no podía ir dirigido directamente ni contra los inocentes animales, ni menos contra la tierra. Exterminar á todos los hombres perversos; hé aquí el único fin directo y principal del diluvio.

Pero á no hacer intervenir portentosos é innecesarios prodigios, ese fin no podía realizarse sin que los animales y la misma tierra experimentaran á su vez en mayor ó menor grado las iras divinas. El Altísimo no quiere que esos innecesarios y numerosos prodigios intervengan, tan sólo para salvar á los seres, que carecen de razón. Résuelto á exterminar al hombre, no repara en que los animales y la tierra queden envueltos en su ruina. Borraré, dijo, al hombre á quien yo crié, de la faz de la tierra, y *del hombre hasta los animales*. (1)

Que el castigo no iba directamente dirigido contra éstos, que no pudieron provocarlo, es notorio y manifiesto. Sólo indirectamente les

(1) Génesis. VI, 7.

alcanzaba y envolvía más ó menos. Ahora bien, el fin directo y principal de la Providencia, debió realizarse de una manera cumplida y absoluta. Los resultados, que se habían de producir necesaria, pero indirectamente y *per accidens*, con la misma acción que tendía á aquel único fin principal, si para algo se debieron tener en cuenta, fué para *restringirlos* en lo posible. Y nunca pudieron alcanzar un grado mayor, del que exigía la acción, medida, no por ellos, sino por el único fin directo, que era el exterminio del hombre. Si éste pudo realizarse cumplidamente, sin que aquellos pasaran de un grado muy reducido, no hay razón ninguna para querer extenderlos más. Quien otra cosa pensare, sepa que confunde el fin de una acción, que es á lo único á que ésta se dirige, y lo único que pretende quien la ejecuta, con las consecuencias indirectas, que las más de las veces suelen ser, entre nosotros, perjudiciales y por lo tanto involuntarias.

Y la Providencia, que «*attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*» (1) ¿no acertaría á hallar un medio de anegar á todos los hombres, sin que todos los animales corrieran la misma suerte?

La humanidad moraba aun principalmente en el Asia; las demás regiones del globo, si es que estaban ya todas habitadas, lo cual no consta

(1) *Sapientia*, VIII, 1.

con certeza, preciso es reconocer que tenían una población muy reducida. Sólo moraban en ellas, á lo sumo, algunas tribus pequeñas y muy aisladas; las cuales se establecieron de seguro en los parajes más cómodos, en las fértiles y amenas llanuras, cerca de los grandes ríos. En la misma Europa no se ha hallado más que una sola raza auténtica, antediluviana, y los restos fósiles de ésta son rarísimos; quizá no pertenezcan siquiera á diez individuos diferentes; y todos se encontraron precisamente en las grandes riberas. (1)

Ahora bien, la inundación diluvial, mientras más grande fuera, tenía que ser más prodigiosa. Y los prodigios entran con parsimonia en la economía de la Providencia. Si una lluvia no excesiva y una invasión de la mar relativamente moderada, sabia y *sua- vemente* dirigida, pudieron anegar á todos los hombres, todo milagro mayor, es inútil y hasta repugna. Pues bien, hallándose los hombres, en la mayor parte del globo, muy diseminados todavía, y viviendo sólo en los hondos valles y en las bajas llanuras, y no formando aun sociedades nutridas y numerosas, á no ser en los países del Asia; bastaba con poner en juego algunos de los grandes agentes naturales para que una gran masa de agua se pusiese en movimiento y viniera á visitar todas las regiones donde los hombres

(1) V. Cartailhae, *La France préhistorique*, C. V.

vivían; bastaba con la aparición de un gran sistema de cordilleras, el de los Andes, en el fondo del Océano, para que este se lanzase sobre los continentes y viniera á cubrir por lo menos las llanuras. Pero si el sistema que apareció fué el de los Andes, el Pacífico y el Atlántico se debieron lanzar á la vez sobre el Antiguo Mundo, y allí donde se vinieran á encontrar las dos grandes corrientes, en el centro del Asia, donde se hallaban aún establecidos la mayor parte de los hombres; las aguas, chocando unas con otras, pudieron muy bien alcanzar grandes alturas, é inundarlo todo con vehemencia.

Añádase á esto, que la lluvia de 40 días y 40 noches pudo allí producir por sí sola y sin mucha dificultad una capa de agua que alcanzara en las llanuras de 100 á 200 ó más metros de potencia: y veremos claramente que no pudo haber un solo hombre que acertara á librarse de la gran inundación.

Esta iba dirigida por la sabia Providencia, únicamente contra los pervertidos hijos de Adám; á todos pues, debió alcanzar y ninguno pudo evadirse de la vengadora mano omnipotente que le perseguía.

Conseguido aquel único y gran fin providencial de la inundación, para el cual bastaron seguramente los 3500 metros de altura que ésta alcanzó en algunos puntos del Asia, todo otro milagro, sobre ser inútil, repugna manifiestamente á la Providencia, que mira

siempre por la conservación de sus inocentes criaturas. Las que se hallaban, pues, en regiones no habitadas por el hombre, y por los cuales no era necesario que pasara la gran corriente de agua, estaban por el mismo hecho exentas de la inundación, y debieron, por lo tanto, evadir la venganza divina. (1)

Pues bien, los animales que existían ya desde muy antiguo, y eran entonces más numerosos aun que ahora, se hallaban extendidos por toda la tierra; algunos vivían de ordinario en las grandes alturas que quedaron libres de la inundación y otros pudieron muy bien subir á guarecerse en ellas. Y aunque perecieron muchos individuos, pudieron salvarse siquiera algunos de la mayor parte de las especies, lo cual bastaba para que éstas se conservaran. Pero hubo no pocas, sobre todo de las corpulentas, que viven siempre en las llanuras y no aciertan á subir á las altas montañas, que no pudieron menos de quedar completamente extinguidas. Vivían donde los hombres solían vivir, y en su ruina quedaron envueltas. Esa misma extinción de las grandes especies, á la vez que prueba, por una parte, que la inundación fué, de alguna manera, universal, y por otra que no todos los animales fueron á salvarse al arca; prueba tam-

(1) Estas apreciaciones hemos tenido el gusto de verlas corroboradas con las del eminente cardenal González en *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 644, 648, 649.

bién que perecieron con ellos todos los hombres que no se encerraron en ésta.

El fin del diluvio exigía pues que perecieran todos los hombres; esto llevaba consigo el exterminio de muchos animales, los cuales debieron perecer, para evitar prodigios inútiles. Pero era muy conforme con la divina Bondad, que perecieran los menos posibles; perecieron pues tan sólo los puramente necesarios, y no debían perecer todos, pues para esto se necesitaban tantos y tan grandiosos, cuanto inútiles y repugnantes prodigios.

El solo fin del diluvio, á la vez que nos fuerza á entender en su sentido literal, la palabra *todas* cuando se refiere á los hombres, nos obliga á restringir su significación con respecto á los animales.

Queda pues justificado *á priori* nuestro modo de proceder, y ya no se nos podrá decir, sin calumnia, que empleamos *dos pesos y dos medidas*.

Pero vamos á probar también *á posteriori*, que la interpretación que hacemos es la única verdadera.

Es cosa bien sabida que los actuales centros de dispersión de los animales son los mismos que en los tiempos anteriores al diluvio. Los animales que habitan ahora en una región provienen pues de los que allí habitaban en la época antediluviana: los de América, los de las grandes islas y aun la mayoría, por lo menos, de los de Europa y del África,

no se salvaron por lo tanto en el arca de Noé, se salvaron en los mismos países donde viven ahora.

Las razas humanas actuales, difieren completamente de las primitivas cuaternarias, que habitaron las mismas regiones; no descienden de ellas, porque éstas no aparecen ya, y están por lo tanto extinguidas; no son pues autoctonas; todas se muestran como formadas en el centro del Asia, en una época posterior á la glacial, es decir, desde la edad del reno en adelante; y todas, tanto por sus caracteres físicos, cuanto por los lingüísticos, aparecen como irradiando, á partir de dicha época, desde las montañas del Continente Asiático. Allí sólo, allí, donde el diluvio se mostró más imponente que en ningún otro lugar, fué precisamente donde se salvaron algunos hombres, de los cuales provienen todos los que ahora pueblan la tierra. Esa salvación fué por lo tanto providencial y milagrosa. Ningún hombre se salvó pues fuera del arca.

La tradición universal viene en apoyo de esta verdad admirable. Todos los hombres se tienen por descendientes de los justos que, en medio de la gran inundación, fueron protegidos del Cielo y se salvaron dentro de una arca ó navío.

Añádese á todo esto que, con respecto á los animales, ni las Escrituras hablan con tanta insistencia de su universal exterminio (lo

cual por sí solo nos permitiría ya alguna libertad en la interpretación de la palabra *todos*, que encontramos en el Génesis) ni los Padres convienen en entender esta palabra en un sentido literal, lo cual nos deja ya en plena libertad de entenderla de la manera que nos parezca más razonable y legítima. Pero con respecto á los hombres, la Biblia nos habla tan claro, que, si tratara de propósito de darnos á entender que *todos absolutamente* perecieron, no se concibe que hablara de una manera más terminante, ni que lo inculcara con más insistencia. Hemos citado ya algunos pasajes, y vamos á indicar otros, para que cualquiera se persuada de la verdad que asentamos.

En el mismo Génesis, después de los solemnes é irrefragables testimonios dados en la descripción del diluvio, se vuelve á decir (1): «Tres isti filii sunt Noë: et ab his disseminatum est *omne genus hominum* super universam terram.» Y aun cuando se nos replique que en el texto hebreo, en lugar de las últimas palabras sólo se dice: «*Et ab his dispersa est omnis terra*, es preciso reconocer que la significación es exactamente la misma. El libro de la Sabiduría nos dice (2): «*La esperanza del universo*, refugiada en un navío, dejó al mundo el germen de nacimiento.» El

(1) C. IX, v. 19.

(2) C. XIV, v. 6.

Eclesiástico añade (1): «Noé fué hallado perfecto, justo, y en el tiempo de la ira fué hecho reconciliación.—Por eso *se dejó un residuo* (una semilla) á la tierra cuando acaeció el diluvio.»

Este único *residuo dejado á la tierra*, no pudo ser otro que la familia de Noé: esta fué la única *esperanza del universo*, refugiada en el arca, el único *germen de nacimiento, spermata genéseos*, que quedó al mundo.

Quien se atreva á violentar estos y todos los demás pasajes de la Escritura, y á retorcer y disfigurar su sentido, tan obvio, tan natural y tan incuestionable, no tendrá dificultad en sostener que nosotros mismos defendemos la no universalidad etnográfica.

Pero decíamos que los Santos Padres y Doctores, todos unánimemente habían entendido en su sentido absoluto las palabras que se refieren al total exterminio del hombre por el diluvio. Nuestros mismos adversarios nos dispensan de probar esta verdad, pues se ven forzados á reconocerla. En pago tratan nada menos que de mostrar que *esa unanimidad con que los Padres y Doctores católicos han creído y enseñado, hasta nuestros días, la universalidad del diluvio con respecto á los hombres, como una verdad revelada en las santas Escrituras*, no constituye una interpretación auténtica y obligatoria. Esto es ya

(1) C. XLIV, v. 17, 18.

mucho más grave; esto, en realidad, es negar la infalibilidad del *consentimiento unánime* de los Padres. Y no falta quien se atreva á negarla expresamente. El Sr. Mirvat no se desdeña de decir (1): «Parece pues que quedamos felicísimamente libres de todo lazo, salvos los decretos formales del Sumo Pontífice, enseñando *ex cathedra* á la Iglesia entera, en materia de fe y de costumbres.»

No sabemos en qué va á venir á parar el Concilio de Trento ó el Vaticano, que entre otras cosas enseña (2), según hemos visto antes: «Porro fide divina et catholica ea omnia credenda sunt, quæ in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia, sive solemnium iudicio, sive *ordinario et universalium magisterio* tamquam divinitus revelata credenda proponuntur.»

Sin duda que estas palabras no merecerán más respeto que las de la divina Escritura y serán involucradas como estas. ¿Y qué decimos? serán... Lo están siendo ya en realidad. ¡Hasta dónde pueden llegar los subterfugios! ¡Hasta dónde ese fatal espíritu de partido, que no repara en desmentir y negar lo que es más claro que la luz del medio día!

Hemos probado ya que la universalidad del diluvio, en cuanto á los hombres, era de fe divina y aun católica, y ahora debemos aña-

(1) *Nineteenth Century*, Julio de 1887.

(2) *Const. DEI FILIUS*, c. III.

dir que negar esa verdad conduce á negar la infalibilidad del testimonio unánime de los Padres, y á ponerse en manifiesta oposición con las decisiones más terminantes de la Iglesia. Y no sólo conduce á eso, sino que también llevará forzosamente á negar ó poner en duda otra de las verdades más fundamentales de la santa fe católica, conviene á saber, que fuera de la Iglesia no hay salvación. En efecto, convienen unánimemente los Padres, en reconocer al arca, como figura y tipo de la Iglesia; así como los hombres que no entraron en aquella, *perecieron en el diluvio*, así también es imposible que se salven los que no entran en ésta (1). Forzados nuestros adver-

(1) S. Jerónimo (*Epist. XV ad Damas. n. 2*) escribía: «Si quis in Noë arca non fuerit, peribit regnante diluvio.» S. Gaudencio (*Serm. VIII*) se expresaba de este modo: «Es cierto que en el diluvio de Noé perecieron todos los hombres de aquel tiempo, á excepción de aquellos que merecieron cabida en el Arca, que es el tipo de la Iglesia.» El V. Beda añadía (*Comment. in Genes.*): «Así como después de la construcción del Arca, y cuando todo lo que debía salvarse había entrado en ella, vino el diluvio y se llevó todo lo que estaba fuera del Arca, así también, cuando todos los que están destinados á la vida eterna hayan entrado en la Iglesia, vendrá el fin del mundo y perecerán todos los que estén fuera de ella.» Puede ver, quien desee más noticias acerca de este particular, al P. Brucker, *L' Universalité du Déluge*, donde hallará los terminantes testimonios de otros muchos Santos Padres. Debemos ahora añadir que el mismo Pío IX, en su alocución *Singulari quodam* de 9 de Diciembre de 1854, se expresaba de la misma manera: «Es preciso creer de fe, decía, que nadie puede salvarse fuera de la Iglesia católica romana; ella es la única arca de salvación, y *todo aquel que no esté dentro de ella, perecerá por el diluvio.*»

sarios á reconocer este *unánime consentimiento*, se empeñan unos en decir que está fundado en *opiniones privadas* y no en una tradición apostólica; otros, procurando salvar la verdad del tipo, lo interpretan de tal manera, que casi vienen á echar por tierra la verdad figurada por el arca.

Los primeros carecen de todo fundamento. «¿Qué cosas podrán constituir la enseñanza tradicional de la Iglesia, pregunta con gran razón el P. Brucker (1), si semejante acuerdo entre los maestros por excelencia que han formado la fe del pueblo cristiano en todas las edades, no tiene derecho á figurar entre esa enseñanza?» Pero es el caso que ese consentimiento unánime se funda en las mismas palabras del Príncipe de los Apóstoles, que nos enseña: (2) «*In diebus Noë cum fabricaretur arca, in qua pauci, id est octo animæ salvæ factæ sunt per aquam: quod et vos nunc similis formæ salvos fecit baptisma.*» Ahora bien, muchos de los Padres más ilustres, como San Jerónimo (3), San Agustín (4), San Fulgencio, Santo Tomás, etc. etc., fundan expresamente su interpretación en la palabra del Apóstol, y los mismos que no las mencionan, muestran bien á las claras que se han inspi-

(1) En *La Science Catholique*, Febrero de 1887.

(2) *Epist.* I. c. II. v. 20, 21.

(3) *Adv. Jovinianum*, l. I, n. 17.

(4) *De Baptismo contra Donatis*. l. V, c. 28.

rado en ellas, como hace notar perfectamente el citado P. Brucker. Se funda pues, manifestamente, ese unánime testimonio, en una tradición apostólica. Pero no se necesitaba eso siquiera, bastaba que se derivase implícitamente de la enseñanza de los Apóstoles, para que nos obligara del mismo modo á reconocerlo como una enseñanza tradicional de la Iglesia.

Pues bien, si los que niegan la fuerza de ese testimonio recurren á argucias tan indignas del teólogo y del exegeta; los que, reconociendo la verdad del tipo, se ponen á interpretarlo y á desfigurarlo, llegan á hacer lo que no hubieran osado los antiguos sofistas griegos. (1)

El Sr. Motais, entre otros, después de miles de argucias y subterfugios, acaba por decir (2): «Así como en el diluvio hubo sólo ocho personas *salvadas por el agua entrando en el arca*, así también ahora *no se salvarán*

(1) «Se pone á la Biblia en tortura, escribe con gran razón el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 225) para hacerla decir lo que no dice, ó lo contrario de lo que dice. Mas valdría la negación pura y sencilla, que no esas explicaciones forzadas, que no engañan á nadie. Y no es solamente el diluvio lo que está aquí en cuestión, lo está también el elemento histórico de la Biblia. ¿Por ventura no se habla ya de restringir el dominio de la inspiración sobrenatural al dogma y á la moral, con exclusión de los hechos propiamente dichos, y especialmente los hechos relativos á la historia primitiva del género humano?»

(2) En una carta, publicada después de su muerte.

por el agua bautismal, sino aquellos que, por medio de la misma entraren en la Iglesia.»

Si esta manera de interpretar es legítima, habrá que reconocer á toda costa que, así como, según nuestros adversarios, fuera del arca se salvaron muchas personas, á las cuales no alcanzó el agua del diluvio; así también fuera de la Iglesia se salvarán otras muchas, sin recibir el agua del bautismo. (1)

Reconocer al arca, tipo de la Iglesia, y afirmar que fuera de aquella pudo salvarse algún hombre, lleva forzosamente á esta última y fatal consecuencia. Todo cuanto se diga para eludirla, son puramente argucias vanas, indignas de toda persona formal. Véase sino, para muestra, lo que añadía el Sr. Motais (2): Los Padres declaran que las aguas del diluvio tienen una significación típica y se apoyan generalmente en San Pedro. *En esto tienen razón* (porque el Sr. Motais lo dice, que si no...): hé aquí el punto *dogmático* á que se refiere el *consensus*... A la lectura de los Padres se imagina uno enseguida que lo que sostiene ó sirve de base al tipo es la hipótesis de la universalidad del diluvio. Y no es así, puesto que toda la dogmática de la tradición y del Apóstol

(1) «Si potuit evadere quisquam qui extra Arcam Noe fuit, et qui extra Ecclesiam foris fuerit evadit.» S. Cipriano, *De unit. Eccles.* n. 6.

(2) *Lug. cit.*

permanece intacta fuera de esta hipótesis. Sin duda los Padres mezclaron á esto la universalidad del diluvio, porque *creían* en su existencia. Pero esta *creencia, inútil* á la tesis que apoyan en las palabras de San Pedro, está tan fuera de lo que constituye la parte dogmática en el texto de San Pedro, como su interpretación del *Omnes* está fuera de lo que constituye la parte dogmática en la narración de Moisés.»

Pues bien; ¿Y quién ha declarado *inútil* y *fuera de la parte dogmática* de los textos de San Pedro y de Moisés, á la *creencia unánime* de los padres?—El Sr. Motais, con la autoridad que para eso y para otras muchas cosas se arrogó. (1)

No á todos podía agradar una interpretación tan temeraria. Así algunos han tratado de presentar otra, que, á primera vista, se ofrece como mucho más razonable y legítima, pero que, á pesar de eso, conduce también necesariamente á consecuencias muy funestas.

El P. Corluy, que sin mostrarse partidario de la no universalidad, ha trabajado mu-

(1) Los que dicen que hay en los libros sagrados parte inspirada y parte no inspirada, nos ponen casi en la imposibilidad de distinguir los dogmas, y aun nos vienen á obligar á ponerlos en duda. Véase sobre esto, entre otros al P. Berthier, *Tractatus de Locis Theologicis*, p. 102; á Caminero *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* p. 614; á Vigouroux, *Manuel Biblique*, t. I, p. 64.

cho en su favor, escribía (1): «El sentido típico es á veces significad^o por el hecho escriturario, no tanto en razón de la existencia real de este hecho, cuanto por la manera como aparece en la Escritura. Testigo el tipo de Melchisedech, representando á Cristo, libre, en su sacerdocio, de toda ley de herencia, porque este sacerdote-rey aparece en la Escritura, aislado, sin que se haga mención de sus antepasados ó de su posteridad. Del mismo modo se podría decir: el arca de Noe representa á la Iglesia, porque en el relato bíblico no se ve fuera del arca ningún ser humano que se libre de la inundación general.»

Esta interpretación, presentada tímidamente, ha hallado bastante eco; y sin embargo fué enseguida rechazada de una manera victoriosa é incontrastable por el ilustre Padre Brucker, quien replicó (2): «Si hay algunos tipos escriturarios formados como indica aquí el sabio exegeta, ese género no es seguramente el más común. La regla ordinaria para el tipo propiamente dicho, tal como lo ha entendido siempre la tradición católica, es tener una base real y existente. En efecto, este tipo es esencialmente, para hablar como Santo Tomás, una profecía *por las cosas, per res*, en cuanto que éstas han sido dispuestas,

(1) *La Science Catholique*, Diciembre de 1886.

(2) *Ibid.* Febrero de 1887.

ordenadas en su curso real por Aquel que lo gobierna todo, de manera que anuncien y representen de antemano, bajo una forma viviente y sensible, otras cosas de un orden más elevado. *Sic ordinantur res in cursu suo, ut ex eis talis sensus (typicus) possit accipi, quod ejus solius est, qui sua providentia res gubernat, qui solus Deus est. Sicut enim homo potest adhibere ad aliquid significandum aliquas voces vel aliquas similitudines fictas, ita Deus, adhibet ad significationem aliquorum ipsum cursum rerum sue providentiæ subjectarum.* (1)

«En todo caso, el tipo del diluvio, tal como resulta de la interpretación de San Pedro y de la tradición católica, no podrá colocarse en la misma categoría que el de Melchisedech. Que este último repose al menos por una parte, en una simple *manera de hablar* de la Escritura, puede admitirse; pero es preciso añadir que nos es dado notar esta circunstancia, tanto por la interpretación de los Padres, como por la naturaleza del sujeto y el contexto de San Pablo. Con nuestro tipo del diluvio, sucede de una manera muy distinta. No solamente no hay nada, ni en la Biblia, ni en la explicación auténtica de la tradición, que nos haga advertir que no se debe buscar en la base de este tipo un hecho pro-

(1) *D. Th. Quodlib.*, VIII, qu. VI, art. 16. Cf. *Sum. th.* I, part. qu. I, art. 10.

ducido realmente; sino que la Biblia y la tradición, y principalmente esta, hacen todo lo contrario. En efecto, creo haber probado que los testimonios de la tradición y los maestros de la enseñanza pública de la Iglesia han proclamado constante y unánimemente, como una verdad indubitable, que *la imposibilidad de salvarse fuera de la verdadera Iglesia, había sido anunciada, figurada típicamente en tiempos del diluvio, por la destrucción total de los hombres que no estaban en el arca de Noé.* Ahora pues, es bien evidente que el *consentimiento* de los Padres, *expresión infalible* del testimonio tradicional y de la verdadera interpretación de la Escritura, no podía proponer á la Iglesia universal ni esta recibir, como un tipo, es decir, como una profecía revelada, un *hecho falso*. Habría ahí un error, no sólo en materia histórica ó científica, sino también en un punto que es esencialmente del dominio de la fe. Y con todo, esto es lo que hubiera acaecido, si la destrucción de todos los hombres no recibidos en el arca, no fuera un hecho históricamente verdadero.»

Nada tenemos que añadir á esta brillante refutación, que no tiene réplica; si el hecho en que se funda el tipo, á pesar de haber sido propuesto unánimemente por los Padres como cierto y positivo, sólo tiene las apariencias de realidad, la cosa figurada tiene que hallarse necesariamente en las mismas con-

diciones. La imposibilidad de salvarse los hombres fuera de la Iglesia, nos fué revelada por la imposibilidad de salvarse fuera del arca: si esta imposibilidad es sólo aparente, también lo debe ser aquella. Quien discorra de otro modo, se opone á juzgar puerilmente con la exegesis y con la lógica.

En resumen: El fin del diluvio exigía el exterminio total de los hombres, pero no el de los animales, el cual por otra parte repugna manifiestamente á la Bondad y Providencia Divina. Las ciencias, á su vez, nos obligan á reconocer que muchísimos animales se salvaron fuera del arca, y que los hombres quedaron todos anegados. El *consentimiento unánime* de los Padres, *expresión infalible de la verdadera interpretación de las Escrituras*, nos propone como una verdad indudable la completa destrucción de los hombres, y nos deja en libertad de pensar como nos parezca con respecto á los animales; luego estamos rigurosamente obligados á reconocer que todos aquellos perecieron y que muchos de estos se salvaron. ¿Y aun habrá quien se atreva á acusarnos de emplear *dos pesas y dos medidas*?

La no universalidad etnográfica está pues en manifiesta oposición con la enseñanza católica, y no es menos lo que pugna con las mismas ciencias humanas, con que nuestros adversarios se han dejado ilusionar. Todos los datos científicos, en que han querido apo-

yar tan peregrina opinión, son inciertos, desfigurados ó falsos, y están en abierta contradicción con los verdaderos y positivos; y con tan vano fundamento ¿se atreven á luchar contra el torrente de la tradición y contra todas las enseñanzas de la Iglesia?

§ VI. NO SE PUEDE RESTRINGIR DEMASIADO LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA.

AHORA nos toca responder á los que limitan de una manera excesiva el sentido de las palabras *toda la tierra*, y se ven precisados á negar rotundamente la universalidad geográfica. Pero nos hallamos con que no tienen ningún argumento en su favor. Creían, en un principio, que el hombre aun no había salido de la Siria y la Mesopotamia, y en consecuencia, que no era necesario, para su completo exterminio, que las aguas invadiesen todo el globo. Pero la prehistoria nos muestra al hombre cuaternario extendido por toda la superficie de la tierra. Toda ésta debió pues quedar inundada, por lo menos hasta cierta altura, de la cual no solían pasar los hombres de entonces. De no reconocer eso, nos veríamos precisados á negar la universalidad etnográfica.

Otro principal motivo, en que se apoyaban, era la falta aparente de señales geológicas de un diluvio universal; pues hasta les parecía que éste era del todo contrario á las enseñan-

zas de la ciencia. Como ese fundamento es vano, las consecuencias caen por su base. Hemos probado científicamente, y hasta la evidencia, la realidad de aquella prodigiosa y universal inundación, cuyas manifiestas señales geológicas existen en abundancia, y en todas partes, sin más excepción que algunos elevados montes. Estos solos podemos pues exceptuar, en nombre de la ciencia, que, para todas las demás partes del orbe, lejos de oponerse lo más mínimo á la universalidad del diluvio, la confirma de la manera más clara.

Nosotros hemos examinado, detenida é imparcialmente, los hechos científicos, bien comprobados; y las consecuencias á que estos forzosamente nos llevaron son las únicas proposiciones que hemos establecido. La universalidad geográfica, algún tanto restringida, es una verdad científica y rigurosamente probada. Así pues estamos muy persuadidos de que los sabios que la vinieron á negar, por haberse equivocado, é involuntariamente dejado llevar sólo de falsas apariencias, vendrán á reconocerla gustosos, cuando examinen con detención los muchos datos segurísimos que hemos consignado hasta ahora (1).

(1) La mayoría de los que en el día limitan solamente la universalidad geográfica, casi coinciden en el fondo con nosotros; pues si bien restringen el diluvio á sólo la tierra habitada por el hombre, reconocen á éste morando ya en la mayor parte del globo. Los que carecen de todo fundamento, y aquellos contra quienes aquí principalmente nos dirigimos,

§. VII. Á LOS MISMOS IMPÍOS SE LES PUEDE EXIGIR, EN NOMBRE DE LA CIENCIA, QUE RECONOZCAN LA REALIDAD DEL DILUVIO UNIVERSAL.

RÉSTANOS ahora refutar las maliciosas objeciones de los impíos, que, en nombre de la soberbia razón, se esfuerzan en combatir la verdad del diluvio, y en presentarlo como ridículo y manifiestamente opuesto á lo que dice la ciencia.

Bien pudiéramos dispensarnos de responderles: porque nosotros respetamos la ciencia algo más que ellos, puesto que la tenemos por una *emanación sincera de la claridad de Dios* (1). Lo que ella dice es lo que nosotros decimos, porque toda verdad, venga de donde viniere, la llamamos hija del Cielo, y la abrazamos ansiosos. Hemos interpretado fielmente cuantos hechos ha podido establecer la razón humana, con respecto á la gran inundación que todas las tradiciones publican. Ellos nos han conducido forzosamente á establecer la universalidad etnográfica absoluta, y la geográfica, un poquito restringida. En nombre de la ciencia y de la razón pedi-

son los que afirman que sólo una pequeña porción de la tierra fué invadida por las aguas, pues suponen que esa era la única poblada, y que en ella nada más es donde se podrán reconocer los efectos del diluvio bíblico.

(1) *Sapientia*, VII, 25.

mos pues se reconozca esa universalidad manifiesta. No están nuestros adversarios en el caso de impugnar, harto harán con defenderse. Veamos cómo respetan á la tan celebrada razón.

Nosotros, por nuestra parte, nada hemos dicho contra ella: la hemos siempre venerado y acatado; ella á su vez, nos ha prestado su poderoso auxilio, nos ha ofrecido toda suerte de armas, y hasta ahora no ha dejado de combatir por nosotros. La razón humana, por sí sola, ha *establecido* firmemente la universalidad del diluvio, si bien limitándola un poquito, bajo el punto de vista geográfico. Nosotros acatamos sus decisiones, y ante ellas enmudecemos; ahora veremos quién invade los fueros de la razón.

No hay por qué repetir aquí la larga serie de argumentos con que dejamos apoyada la verdad que sostenemos; todos ellos están en pié. A nuestros adversarios toca ahora rebatirlos; *háyanlo en hora mala, y sino huyan del campo, cubiertos de confusión.*

Ante los datos ineludibles de la tradición y de la historia, se han visto precisados á enmudecer, ó á confesar francamente la realidad del diluvio. Exasperados, creyeron hallar en la ciencia armas con qué combatir esa grandiosa verdad; y olvidando su antigua derrota, enarbolaron orgullosos sus banderas, y empezaron á blasonar; pero cuando ya se creían vencedores, quedaron de repente

confundidos y vieron que las armas de la ciencia sólo sirven para triunfar del error; vieron que las armas, en que tanto confiaban, ó mostraban confiar, se volvieron contra ellos mismos. La Geología les ha hecho ver una inundación universal, que debió desolar toda la tierra; la Arqueología les mostró al mismo tiempo la completa sustitución de las industrias humanas; la Zoología, la extraña desaparición de numerosas especies y un notable cambio en las faunas; y por fin la Antropología y la Lingüística, la completa extinción de las razas primitivas, y la reciente aparición de las actuales, con sus respectivos idiomas.

Todo esto es lo que dice la razón y lo que enseña la ciencia, y todo esto es lo que sostenemos nosotros. En vano se invocará pues contra nuestra teoría á la ciencia y á la razón, que la han establecido de la manera más sólida. Sin embargo, como pueden presentarse, á pesar de eso, algunos argumentos muy especiosos, creemos oportuno discutirlos, para que se vea bien que, si algo prueban, es que nuestro sistema es cierto en un todo, por cuanto vienen á declarar completamente inadmisibile la absoluta universalidad geográfica.

§ VIII. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

PPRIMER *Argumento.* Es necesario explicar como pudo Noé reunir un tan prodigioso número de animales, extendidos por toda

la superficie del globo. No son ya doscientas ó trescientas especies, como se creía en otro tiempo; son quizá medio millón ó más. ¿Qué medio se empleó para traerlos de tan lejanos países y de tan distintos climas, y cómo se les volvió después á sus respectivas patrias? Pero supongámoslos ya reunidos; es preciso irlos alojando convenientemente, para que no se devoren unos á otros; es preciso tener en cuenta los instintos y costumbres de cada uno de ellos, y sin embargo, en su inmensa mayoría, eran completamente desconocidos de Noé; era forzoso proveer á su sustento y escoger para cada uno de ellos un género de alimentación proporcionado, y eso para todo un año; eran necesarios inmensos almacenes, cuadras numerosas y bien ventiladas, una gran limpieza y otras muchas medidas higiénicas, para remediar los inconvenientes de tal aglomeración. Las dimensiones del arca son, á todas luces, insuficientes, y ocho personas no podían tampoco bastar para prodigar los múltiples y diarios cuidados que exigían tan prodigioso número de huéspedes, completamente diferentes en sus costumbres.

Reconocemos que todo esto es inexplicable, en la hipótesis de la universalidad geográfica absoluta. Por eso la deseamos. «A Noé, dice muy bien á este propósito el Padre Pianciani (1), no se le ordenó lo imposible,

(1) *Civiltà cattolica*, Octubre, 1862.